





# EL CONVENTO

Título: El convento

Autor: Guillermo de Miguel Gala

Portada: La Nueva Crónica. Convento-Web.jpg Obtenida de Internet

Madrid 2022

Edita: Autoreseditores.com

Exento depósito legal Ley 30/2011 artículo 5 punto g), publicación bajo demanda

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito del autor.

Edita: [www.autoreseditores.com](http://www.autoreseditores.com)

# **EL CONVENTO**

**Guillermo de Miguel Gala**



Vivimos en un país raro:

- La clase obrera, no tiene obras
- La clase media, no tiene medios
  - La clase alta, no tiene clase







## INDICE

1	El Convento y la Orden	11
2	La Hospedería	17
3	Mis primeros días	27
4	Confidencias	37
5	La resaca	43
6	Una noche extraña	49
7	El exorcismo	57
8	Un nuevo caso	67
9	A la caza de Tancledo	75
10	La llamada a García	85
11	La visita al médico	97
12	Los resultados de la autopsia	108
13	El final de mi estancia	115



## 1 EL CONVENTO Y LA ORDEN

Una antigua fortaleza de la Orden del Temple, muy posiblemente del Siglo XII, erigida en los Pirineos, en un lugar de muy difícil acceso para favorecer su función primigenia de habitáculo defensivo y que en la actualidad impide una mayor integridad con las gentes del pueblo próximo y con otros circundantes a éste.

Rodeada de riscos y acantilados solo se puede acceder a la antigua edificación en vehículos 4x4, en mula o a pie. Aunque para lo último había que ser muy valiente. Los alrededores de la fortaleza son muy inhóspitos y no permiten pasear por sus alrededores, la única forma de andar un poco es dando vueltas a lo que en su día debió ser el patio de armas y que hoy en día es el claustro del convento en el que la fortaleza devino. El patio está rodeado en sus cuatro lados por una galería porticada con arquerías apoyadas en columnas, lo que permite el paseo al abrigo de las nevadas invernales o de las lluvias primaverales.

¿Cómo llegó una fortaleza templaria a convertirse en un convento? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Unos dicen que al ser propiedad de la Orden del Temple que tenía sus relaciones con la Santa Sede, la fortaleza pasó a ser propiedad de la Iglesia y ésta la cedió a las monjas. Otros mantienen que un grupo de ellas -unas veinte- llegaron una noche a la fortaleza donde pernoctaron refugiadas del frío y la nevada, quedaron aisladas y al llegar a primavera y los caminos para seguir la marcha ya eran transitables, habían adecentado su refugio y decidieron quedarse en el lugar en vez de continuar su marcha hacia nadie sabe dónde. El Arzobispado, ante los hechos consumados, no dijo ni sí ni no, cerró los ojos y ya va para medio siglo que están ahí.

Las monjas que ocupan el ahora convento son de la Orden Clarisas Coletinas, dedicadas al rezo, a la vida contemplativa -a pesar de los madrugones y los trabajos que realizan- y viven fundamentalmente enclaustradas. Hubo épocas de gran esplendor del convento llegando a contar con más de cincuenta monjas en la congregación. En esos años en los que los pueblos estaban prácticamente aislados por falta de una red de carreteras que favorecieran la movilidad de personas y cosas, hicieron una buena labor social y sanitaria. Social porque producían mermeladas, dulces y otros productos y porque ofrecían refugio a las personas a quienes les pillaba la noche y la tormenta. También sanitaria, sus conocimientos de algunas hiervas que eficientemente tratadas podían curar determinadas dolencias que, sin el concurso de las monjas, difícil solución tenía al no haber médico en la zona y la imposibilidad de darle aviso allí donde se encontrara.

El día a día de las religiosas es monótono y duro. Sus horarios, aún en la actualidad, son muy estrictos, a la seis y media se levantan para a las siete comenzar los rezos de Laudes en la capilla. Sobre las nueve desayunan y tras su ingesta, hasta las doce y media que rezan el Ángelus, atienden sus trabajos: el huerto, la cocina, la albañilería (siempre hay algo que reparar en una edificación tan antigua), la botica, el acarreo de agua desde el pozo al convento, ... Se come a la una y hasta las tres cada religiosa medita o paseando por el claustro o en su celda. Más tarde rezan Nona y posterior vuelta al trabajo hasta el rezo de Vísperas para cenar a las ocho y media y, antes de retirarse a las once a sus celdas para dormir, el último rezo del día, las Completas.

No tienen más contacto con el exterior que el estricto para proceder a las curaciones de los paisanos del pueblo o para intercambiar algunos productos por mermelada o dulces y siempre y cuando sean las gentes del pueblo quienes se acerquen al convento. Sin radio ni televisión, ni prensa, la única fuente de información de la que disponen es el cura -viejo y a punto de jubilarse-. Él es quien les cuenta, una vez al mes, cuando va al convento a officiar misa y confesar a las religiosas, qué es lo que pasa en el mundo.

Con el paso de los años se fueron produciendo dos fenómenos que llevan al convento a su declive, por un lado, la falta de vocación hizo que cada vez fueran menos las religiosas de la congregación y cada año que pasaba, las que aún habitaban el convento eran más mayores, solo dos de ellas eran un poco más jóvenes, la Madre Superiora de cincuenta y algún año y una novicia recién llegada y que como tal aún no había profesado,

todas las demás superaban los sesenta y cinco años de edad. El otro factor que afectó al declive del convento fue el vaciamiento del mundo rural, lo que se conoce como la España vaciada. Antes cambiaban mermeladas y dulces por huevos, harina y otros productos, al no haber tanto intercambio como antaño, poco a poco se han ido empobreciendo y su alimentación, ahora se limita a los pocos huevos de sus gallinas, a los productos de su huerto y a frutos silvestres que recogen del entorno del convento.

Finalizada la época estival y desde primeros de otoño comienza a llover como preludio de las nevadas invernales que aíslan el convento hasta la primavera siguiente. Con las nieves no hay huerto que valga, con lo que la penuria se acentúa, se alimentan de aquello que consiguieron conservar embutidos en tarros: setas, frutas, moras, ... (Más tarde supe que la novicia había demostrado una extraordinaria capacidad para cazar alguna liebre despistada. Ese día se comía guiso de patatas con liebre).

Durante el tiempo de nevadas toda la montaña entraba en hibernación, las monjas también, no había labores apenas, salvo aquellas de interior, por lo que todo se limitaba a silencios y rezos. Las religiosas parecían fantasmas, brazos cruzados sobre el pecho, manos metidas en las bocamangas del hábito deambulando en silencio por las galerías. Con ese tiempo tampoco el cura oficiaba misa ni, por supuesto, confesaba, solo si el tiempo mejoraba imprevisiblemente en algún momento, subía al convento. Había que esperar a que comenzara el deshielo para que montaña, convento y religiosas cobraran nueva vida. Se oían los primeros trinos, las liebres se dejaban

ver con más frecuencia y todo parecía revivir, hasta volvía a hacer acto de presencia el sacerdote.

La primera vez que volvió tras el deshielo le pareció que el convento había ido a peor y así se lo hizo notar a la Superiora que no solo no lo negó o intentó justificarlo echando la culpa al invierno, sino que le reconoció que cada vez estaban peor. El cura, en su intención de ayudar, sugirió que la Superiora habilitara las cuatro celdas del ala sur de la fortaleza ‘que en la actualidad no se utilizan’ y que se alquilaran, que se utilizara el ala sur como hospedería. Eso iba en contra de los objetivos de la Superiora que tenía otros planes inconfesables para el convento. Pero el sacerdote insistió. Antes de despedirse, anunció a la Superiora que pronto se jubilaría y que había pedido al arzobispo que, en consideración a su edad, hasta que llegara ese momento le asignara un sustituto para ir presentándole en las parroquias y conventos que atendía.

A la Superiora no le convenía nada el tener una hospedería, tampoco que el sacerdote se jubilara, el actual era tan viejo que no se enteraba de nada ni metía sus narices en nada, pero su jubilación podía ser un antídoto a la hospedería. Una vez el cura se fue, acudió a su despacho y escribió al arzobispo apelando a su voluntad y buen hacer para que la moral de las hermanas se elevara y que para ello le sugería que sustituyera al sacerdote actual por el padre Teodoro, al que conozco...

Al mes siguiente el sacerdote Fulgencio acudió al convento acompañado por el padre Teodoro. Tras las oportunas presentaciones el cura le entregó a la Superiora la dispensa del arzobispo para la constitución de una hospedería en las cuatro celdas individuales del ala sur.